

Aquellos días, justamente aquellos días de marzo de 2004, se rompió la columna vertebral de una cultura política gestada en la transición. Porque solo entonces llegó a afirmarse por las fuerzas de izquierda, y bajo el liderazgo del PSOE más mezquino e insolente de nuestra democracia, que la mitad de los españoles carecíamos del derecho a ser respetados por votar una opción política que gobernaba y gobierna en la mayor parte de los países de Occidente. La izquierda decretó entonces que diez millones de personas habían abandonado el campo de la democracia y que la mitad del pueblo español continuaba siendo franquista. Lo cual significa poner los términos de la democracia en un lugar muy alejado del que debe estar. Ya no la izquierda y la derecha, sino los demócratas (todos salvo el PP, incluyendo a los voceros del terrorismo de ETA) y por otro lado a los antidemócratas: todos, todos, todos los votantes, simpatizantes y militantes del PP, no solo el gobierno de Aznar. En aquella España trágica se manifestaron juntos quienes votaron a Herri Batasuna en Barcelona poco antes de Hipercor y quienes se consideraban liberales de bien. Uno debe tener en cuenta que su posición en la calle, o en el parlamento, o en la vida, le obliga a vigilar con quien se camina, junto a quien se manifiesta, al lado de quien vota. En marzo de 2004, los ciudadanos tenían el derecho a insultar a un gobierno que les engañaba. Pero nunca decretar que la derecha había dejado de ser democrática y que era franquista.

Lecciones de lucha contra el franquismo la pueden dar muy pocas personas en este país. Y el hecho de militar en un partido respetable de la izquierda no las da, como no da garantías de neofranquismo militar o votar al PP. Porque algún día deberemos decir algo sobre esa legitimidad de origen y ejercicio que se ha ido encarnando en curiosos personajes que han ganado altura calzándose los zapatos que solo algunos se pusieron en los tiempos más difíciles. Los que tenemos el dudoso privilegio de la edad, podemos ir en busca de nuestros recuerdos para saber dónde se encontraban las furiosas multitudes de demócratas en 1975. Porque, de haber conseguido sacar a la calle tanta gente como salió en 2004, la dictadura se habría esfumado inmediatamente. Pero no fue así. No lo fue porque la gente no solo se quedaba en casa aterrorizada, sino que fue a votar disciplinadamente, en cuanto pudo hacerlo, al partido gubernamental dirigido por un antiguo ministro secretario general del Movimiento. Y el partido que había sido responsable de vertebrar la oposición al franquismo, el Partido Comunista fue recompensado con una situación escandalosamente minoritaria, al mismo nivel que los defensores a ultranza de la herencia de Franco, como lo fue la primera Alianza Popular. ¿O es que el Partido Socialista contaba con mejores recursos de antifranquismo, con mejor calidad de coraje combativo y con mayor influencia en las luchas sociales que el PCE? ¿No se nos ha ocurrido pensar por qué motivo la mayor parte de los cuadros dirigentes del PSOE comenzaron su militancia en el último año de la vida de Franco?

Porque ese descabellado impulso de los días de la matanza de la estación de Atocha, en los que todo valía para echar a la derecha no solo del gobierno, sino del espacio de la democracia, es el que ha permitido situaciones actuales como la impugnación de la realidad nacional española por el separatismo, el incumplimiento de la ley por quienes tienen la obligación de defenderla, y el desafío permanente a nuestras instituciones por quienes califican de pecado original los orígenes de nuestro sistema parlamentario. Ha bastado con que la crisis provocara la penuria de millones de ciudadanos, ha bastado con que la flaqueza ideológica de la derecha decidiera no dar ni una sola batalla de ideas, ha bastado con que se extendiera la desesperanza

y la protesta por una coyuntura a la que se ha añadido el repugnante rictus de la corrupción, para que la herida abierta hace once años volviera a supurar.

Como entonces, nuestro país no ha respondido a la crisis volcándose en el apuntalamiento de nuestro sistema político; ni tampoco haciendo hincapié en las garantías constitucionales que protegen la alternancia y permiten cambiar a un gobierno al que reprochemos una mala gestión o en el que ya no tengamos confianza. Lo que se ha hecho en la última campaña electoral es justamente lo contrario. Se ha dicho a los españoles que debían elegir entre los demócratas sinceros y quienes solo parecen serlo por imperativo legal. Se ha puesto sobre la mesa un gran pacto cuya lógica interna es, en la práctica, un nuevo proceso constituyente. Que el Partido Socialista no acabe de darse cuenta de ello es solo una cuestión de abundantes dioptrías políticas y de escasa perspicacia moral. Es muestra de la profundidad de la devastación estratégica y doctrinal que el zapaterismo ha volcado en aquel espacio social donde siempre se había encauzado el compromiso con una tradición digna e indispensable para mantener en pie nuestra democracia. Incapaz de fijar, como hacen todos los partidos socialdemócratas europeos, una línea clara de lealtad constitucional, prefieren trazar esa raya en el agua que solo de forma efímera y superficial los separa de los grupos antisistema. El slogan socialista de una equidistancia aberrante “ ni con el PP ni con Bildu ” es la formulación actual de la negación de la democracia.

A la socialdemocracia española corresponde la inmensa responsabilidad histórica de haber dado poder institucional a aquellos grupos cuyos resultados electorales nunca les habrían permitido plantear desde alcaldías y mayorías parlamentarias autonómicas lo que en verdad desean: romper el acuerdo fundacional de nuestra democracia y, por tanto, empezar un viaje hacia la declaración de un nuevo periodo constituyente. Que el socialismo español considere enemigos a quienes son gobierno o alternativa de gobierno en toda Europa, mientras se encama con las mismas fuerzas políticas a las que la sensatez de la socialdemocracia occidental considera un aliado indeseable, es un episodio más de esa deriva de la conciencia política de España que empezó una terrible mañana de marzo del 2004.

Hasta tal punto la crisis económica ha desmoralizado a nuestros dirigentes, que parecen sufrir una severa pérdida de peso ideológico frente a la obesidad de quienes desean quebrantar nuestro sistema. La sociedad, que incluye a comentaristas ingenuos, profesores con síndrome de tercera edad o excombatientes de utopías destartadas, quizás no advierte lo que se nos viene encima dando alpiste televisivo y pienso radiofónico a esos personajes. Por su lado la izquierda socialista reencuentra ahora aquella esquizofrenia que le permitía ir del reformismo en la gestión a la revolución en el discurso, una dolencia adecuadamente bloqueada por los mejores años del PSOE de Felipe González. Y, mientras tanto, la derecha liberal se recluye en su ingenua confianza en que el desbarajuste político pasará por sí solo, en cuanto la deuda amaine o el paro decaiga. Ambas nos van a dejar a los pies de unos caballos tras cuyo galope no volverá a crecer la hierba de una sociedad democrática normal.

España necesita un rearme ideológico y político, que proteja una sociedad que debe recuperarse no solo en sus cuentas de resultados. Porque, en efecto podríamos restaurar el equilibrio económico en pocos años, y descubrir, no obstante, que la

crisis, afrontada exclusivamente en sus aspectos financieros, nos ha costado la supervivencia de nuestra nación. Que ha provocado la pérdida de la vitalidad histórica de España, reflejada en las instituciones con las que ha podido vivir en la paz y la democracia tan difícilmente recuperadas en el inicio del régimen de 1978. Nos ganamos entonces el derecho a una esperanza nacional. Sin embargo, las condiciones sociales de la crisis han llegado a hacernos creer que el único terreno de convicciones firmes es aquel donde campean las actitudes más agnósticas respecto de la democracia parlamentaria.

Tales actitudes esperpénticas han disparado contra todo lo que se mueve y, sobre todo, contra aquello que podría moverse en un proceso de regeneración nacional. Han disparado contra el sistema por todos los flancos y, además, lo han hecho siempre, como no dejaron de hacerlo sus compañeros de viaje en la historia del pasado siglo, en el nombre del pueblo. Porque en el nombre del pueblo frente a la partitocracia; en el nombre de los jóvenes frente a los decadentes; en el nombre de la utopía frente al pragmatismo, en el nombre de la revolución frente a la reforma; en el nombre de las masas frente a la libertad de los individuos, el siglo XX levantó escenarios de vergüenza que aún escandalizan nuestra conciencia moral. En el nombre de una autenticidad embriagada, desdeñaron la respetuosa veneración de la verdad.

Sus baterías, cargadas de la munición del desparpajo, la procacidad verbal y las farsantes protestas igualitarias, apuntan ahora a la monarquía española. Saben que ella es el centro de nuestro sistema político, no por ser monarquía a secas, sino por su naturaleza de monarquía parlamentaria. Disparan a la cabeza, disparan al corazón. Pero no lo hacen desde una mayor virtud democrática, a pesar de la algarabía de su lenguaje. La cultura política plebiscitaria, en nombre de la cual se exige la República, no es la forma más exquisita y moderna de la democracia, sino un proyecto ajeno a la calidad representativa del parlamentarismo y un modelo cercano a las experiencias más vetustas del caudillismo populista.

No seamos ingenuos. La apelación a la República no se hace por casualidad ahora, cuando todo nuestro sistema político ha sido desafiado. Se hace al ritmo desalentador al que camina nuestra decadencia nacional, con la frivolidad de la socialdemocracia en pretendida cura de rejuvenecimiento y la flaqueza de una derecha en perpetuo complejo de inferioridad, que intenta compensar una ideología que nunca expresa con unos éxitos contables que jamás podrán definir, a solas, una idea de España. El bienestar de los ciudadanos se da por hecho. Pero de ese bienestar forma parte también el derecho fundamental a disponer de una nación, de unas instituciones representativas, convertidas en garantía de nuestra existencia común y en salvaguarda de nuestras libertades. Que sean otros los que propongan el estropicio de un régimen plebiscitario. Que la sensatez de quienes alzaron nuestra Constitución continúe señalando que la inmensa mayoría de los españoles, deseamos vivir en una democracia parlamentaria nacional, cuyo símbolo y garantía se encuentra en una institución y en la persona que hoy la encarna. La monarquía parlamentaria, frente a la República de la demagogia.

Es difícil restar solemnidad al momento que afrontamos y, en cualquier caso, el esfuerzo por desdramatizar no puede llevarnos a un indoloro desdén por todo aquello que define un

tiempo de responsabilidades radicales. Porque esta España saqueada por la crisis, impugnada por el separatismo, embarrada por la corrupción y en pleno desconcierto de sus posibilidades como proyecto, puede soportarlo todo menos la indiferencia ante el peligro de desnacionalización que no ha dejado de exhibirse desde la última vez que fuimos a las urnas. Puede soportar la desdicha social, las dificultades de la recuperación, los recortes y las discrepancias en las políticas a seguir para sacarnos de este tremendo atolladero económico, pero no aguantará que nos tomemos a broma la impugnación de nuestra supervivencia colectiva. Puede soportar la dureza de un debate sobre nuestras instituciones, pero no resistirá más tiempo la indolencia ante quienes llegan a decir que lo que se construyó en 1978 no fue una democracia. Puede soportar el debate sobre la forma de encauzar la diversidad de sus regiones, pero no se recuperará de esta interminable convalecencia nacional a la que ha sido sometida por quienes niegan que España sea una realidad histórica. Puede lanzarse a una reforma del Estado, respetuosa con la legalidad y la soberanía de todos, en la que las concesiones mutuas contemplen el objetivo supremo del reforzamiento de nuestro sistema político. Pero no metabolizará nunca esa permanente deslegitimación que rechaza los fundamentos existenciales sobre los que una sociedad levanta su deseo mismo de seguir viviendo.

Ortega decía que los problemas seculares del país no respondían únicamente al absentismo o a la soberbia de las clases conservadoras, sino también a la curiosa miopía de los eternos progresistas, que hacían confundir la nación con concentraciones de entusiastas. En efecto, en la España contemporánea, la historia de las luchas revolucionarias hechas en nombre del pueblo ha dejado tras sí una vergonzosa crónica de estrepitosos fracasos; de excesos que han acabado haciendo antipática la palabra libertad; de intransigencia fanática y torpe, capaz de sacrificar la seguridad de lo ganado a la histeria de las realizaciones imaginarias.

Cuando se apela al pueblo o se recurre a la llamada opinión pública conviene recordar lo que escribía Larra “¿Será el público el que en las épocas tumultuosas quema, asesina o arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula? Y esa opinión pública tan respetable, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia?”. Y es que, en efecto, sabemos que para la extrema izquierda española el pueblo es infalible...hasta que da a la derecha la mayoría absoluta.

¿Cuáles son los valores que hoy propongo para corregir los efectos de una crisis integral? Pues algunos que salen ya del debate sobre franquismo y antifranquismo, precisamente para que ciertos demócratas de toda la vida no se pillen los dedos cuando salga a la luz su biografía. Me parece indispensable el respeto a una tradición cultural cuyo fundamento es el cristianismo, generador de la libertad y universalidad del hombre. Esa es la base de una civilización como la nuestra, por sus valores éticos, además de una dogmática en la que no debe incluirse el no creyente. Sobre la idea de libertad de la persona que brotó en el Mediterráneo hace 2.000 años, se construyó una historia que siempre ha sostenido estos principios, aunque se hayan vulnerado con demasiada frecuencia, incluso por quienes decían sostenerlos. Principios que el humanismo y la Ilustración, así como el socialismo democrático y el sindicalismo no hicieron más que desarrollar en los tiempos modernos. reivindicación de las

ideas en tiempos de relativismo, una defensa de las convicciones en momentos de indiferencia. Una actitud contraria a la más frecuente en nuestros días cuando se ha llegado a aceptar que toda ideología es patrimonio del radicalismo y cuando a la arrogancia fanática de las emociones sólo quiere responderse con la humilde renuncia a toda convicción. Cuando los debates que exasperan nuestras tertulias, enardecen nuestras tribunas y llegan a excitar la atmósfera parlamentaria no parecen referirse a ideología alguna.

Actualmente sufrimos las consecuencias de una pérdida de pulso moral, de una relajación de nuestro vigor político, de una quiebra de nuestra conciencia de civilización, que ha tenido su expresión más clara en el aplauso al relativismo, en la ironía ante los principios, en el sarcasmo ante las ideas. Desde la caída del fascismo, el occidente europeo construyó su sistema político con muchos más materiales y mejores recursos ideológicos que la simple politización de las frustraciones de quienes peor lo estaban pasando, como ahora propone Pablo Iglesias. Europa se construyó sobre la esperanza, no sobre el resentimiento. Europa se construyó sobre el fervor del futuro alimentado en un duro aprendizaje, no sobre el miedo al pasado estéril. Los hombres y mujeres que decidieron fabricar un régimen de bienestar y tolerancia habían aprendido lo que significaban los tambores cercanos del fanatismo totalitario. Y se organizaron en una sociedad plural que, precisamente, deseaba olvidar la farsante unanimidad con que se les sometió a la tiranía. Por ello, la democracia cristiana, el liberalismo y el reformismo obrero ofrecieron opciones caracterizadas por el vigor de las ideologías, concepciones políticas, distintas y complementarias siempre acompañadas del respeto a las ajenas. La ideología no era un obstáculo sino la fuerza movilizadora con la que esta nuestra Europa regularizó su convivencia y se enriqueció constantemente en el debate entre las alternativas presentadas al voto de los ciudadanos y a la militancia de los más comprometidos.

¿Es esta la civilización que hemos de abandonar para seguir, despojados de cualquier atavío tradicional, a quien nos promete un mundo nuevo?

Debemos estar plenamente decididos a luchar por la conservación de unos valores y de unos principios civilizatorios, en un mundo que solo parece ser conservacionista radical en todo aquello que no se refiere al ser humano. Desde una tradición humanista me atrevo a considerar la posibilidad de construir un mundo nuevo, en el que recuperemos instancias elementales de respeto a nosotros mismos, a nuestra especie, a nuestra civilización. Reformando lo que haya que reformar, precisamente porque muchas de nuestras estructuras olvidan los fundamentos de nuestra libertad, de nuestro respeto a la dignidad ajena, de nuestro implacable compromiso con la justicia.

Lucho por la unidad de España, además. No porque se trate de una herencia simbólica ni de una comunidad imaginaria, que solo existe en forma de un Estado artificial que se impone a ciudadanos díscolos. Lamento que en España no exista una propia afirmación nacional como la que se da en Francia o en Alemania, en Dinamarca o en Holanda, países en los que ser un patriota es la manifestación de defender un bien común. Que la impugnación actual de España se realice por elites regionales que se han aupado a instituciones garantizadas por la constitución, y que han insultado la inteligencia de todos presentándose como alternativa a su propia gestión de 30 años, es otro factor que agrava las circunstancias de lo que está lejos de ser un verdadero debate intelectual. Avergonzaría a los intelectuales españoles de hace cien

años, cuales fueran sus proyectos políticos personales, la forma en que se ha renunciado a una conciencia nacional. . Les alarmaría la ligereza con que se ha depuesto la fuerza de nuestra cultura, el vigor de nuestro significado histórico, la rigurosa exigencia de una empresa que no puede someterse a los dictados de una negociación. Les entristecería ver cómo hemos llegado a esta postración, incomprensible sin la odiosa indolencia de quienes creen que una nación se guarda a solas, sobrevive a tientas y en nada precisa de la voluntad permanente de quienes deben mantener su impulso. Uno de esos intelectuales, Antonio Machado, escribió unas angustiadas palabras que los mayores del lugar nos sabemos de memoria. Aquel español al que hacía referencia, al que una de las dos Españas habría de helar el corazón, es uno de esos que hoy contemplamos de nuevo el rostro puro y terrible de nuestra patria. A sabiendas de que la España que muere solo llegará como resultado de otra España, vacía, indolente, sin pulso ni sentido nacional. Una España que bosteza.